

# Pueblo literario

## MORENO VILLA AQUELLA PELICULERA JACINTA...

Las antologías han repetido algunos de estos poemas de Moreno Villa y estoy seguro que al lector siempre le habrá sorprendido el dinamismo, alegría, humor y la voluntariosa modernidad —modernidad de los primeros años del jazz, del cubismo, de los aeroplanos, del chófer— de este lenguaje, de esta manera de notificar un idilio amoroso. Me refiero a los poemas que constituyen el libro «Jacinta la Pelirroja», que apareció en 1929 y que ahora reedita Turner. Muy poco del futurismo y de ciertas audacias ultraístas llegaron a modificar así entre nosotros el lenguaje poético, pese a que todos los ismos de entreguerras hicieron su impacto. En realidad, el sentido lúdico, deportivo, de aquellas calendas tuvo mayor influjo en los prosistas de la escuela orteguiana de la deshumanización del arte que en los líricos del 27. Moreno Villa, que era también pintor, afectó a las transformaciones formales de la plenitud picassiana, más próximo al novecentismo de Ortega, D'Ors y Ramón Gómez de la Serna que a los poetas que por entonces amanecían y con los que convivió fraternalmente, nos dejó en este libro, que ilustra con dibujos propios, uno de los

pocos testimonios líricos logrados de aquella modernidad. Como dice en el acertadísimo prólogo a esta edición José Luis Cano, Moreno Villa supo, en esa cosmovisión novecentista, «salvar esos dos escollos —sentimentalismo y dramatismo— gracias a dos técnicas que, como poeta, dominaba: el distanciamiento y la ironía». Porque Jacinta fue personaje, como nos cuenta Cano, de carne y hueso, Venus americana, deportiva, entusiasta del cine



y el arte nuevo que abandonaría al impecunoso pretendiente andaluz, católico, y encima poeta, por seguir el dictado de su familia judía con millones en Wall Street.

José Moreno Villa, muerto en su exilio americano, con unos cuantos

libros que hay que situar entre lo mejor de la lírica española de nuestro siglo, aunque tenga los mejores elogios de los escritores de su tiempo, que haya tenido en Méjico un exegeta tan señalado como Octavio Paz, y aquí continuamente en diversos estudios José Luis Cano, no es todo lo conocido que merece fuera de esas acostumbradas menciones antológicas de que hablaba al principio. Por ello hay que señalar como acontecimiento esta reedición de reconquista: estos juguetones, deliciosos versos —que entre sus alegrías también transportan notas de bordón—, tan modernamente sueltos y tan arraigadamente andaluces: «Mira, peliculera Jacinta...»

Dámaso SANTOS

## EL FIN DEL SIGLO

# TAMBIEN VINO MARIA TERESA LEON

La vuelta a España de Alberti, cargada de valor simbólico y de planes políticos, ha hecho lanzar al vuelo las campanas de la Prensa. No así las de los homenajes y recibimientos oficiales u oficiosos. La Administración y el grupo político de Alberti, tan acordados sus prudentes ritmos, bien templadas sus gaitas, han impreso un tono de moderada normalidad a lo que, sin embargo, ha sido una gozosa excepción. La vuelta de Rafael Alberti ha vibrado en los papeles más que en los dos discretos homenajes que ya ha recibido el poeta de Cádiz. Tal vez por ello, y por lo que llamamos noticia suele ser un hecho simplificador, la vuelta con Alberti de María Teresa León, su mujer, ha sido subrayada de manera meramente apéndice, cuando la verdad es que el país recupera, por añadidura, a una de sus mejores plumas femeninas.

Así como Alberti está en plena forma física, María Teresa León ha vuelto con la salud quebrantada. La prosa de la escritora es delicada, como su salud. Su vuelta casi ha coincidido con la publicación en España de un librito suyo que se llama «La historia tiene



la palabra» (1), y que vio la luz por primera vez en Buenos Aires, en 1944. El propio Alberti, en la entrevista que ofrecí a los lectores la semana pasada, me recomendaba el texto de su mujer, y advertía del valor de la edición, por haber sido completada con un prólogo y un epílogo muy esclarecedores.

«La historia tiene la palabra» es el relato (sembrado de reflexiones y de digresiones acerca de las virtudes populares de nuestra cultura y de nuestro respeto popular a la cultura) del esfuerzo de la

Junta de Protección del Tesoro Artístico, que salvó de los peligros de la guerra los objetos de arte de nuestro patrimonio. De la lectura del librito se desprende la evidencia de que aquellos jóvenes intelectuales de la Alianza Antifascista y los milicianos que colaboraron en la evacuación de museos, archivos y obras de propiedad privada imprimieron tal entusiasmo a su tarea que, como el prologuista Gonzalo Santonja exclama, ningún Estado europeo sería capaz de emular tarea semejante durante los años siguientes de la guerra mundial.

Léase, pues, como homenaje de recibimiento a María Teresa León, este libro, en el que todavía tiembla el recuerdo del Museo del Prado amenazado por las bombas, con los cuadros tirando de miedo y los huecos de los cuadros evacuados señalados en los muros tal como en la albertiana «Noche de guerra en el Museo del Prado». Y recuerde que con Alberti también vino María Teresa León.

S. A.

(1) Editorial Hispamérica. Madrid Colección Textos Recuperados.

## I Coloquio de Historia Contemporánea de España

### PIERRE VILAR, JUAN LINZ Y NICOLAS SANCHEZ ALBORNOZ ESTUVIERON EN MADRID

(Habla para este suplemento el profesor Richard Herr, de la Universidad de Berkeley)

«Los problemas más sugerentes de la historiografía de la España contemporánea son la marginación de los estudios de la historia del Derecho y la falta de control y selección de las publicaciones.»

El Primer Coloquio de Historia Contemporánea que acaba de celebrarse en Madrid tuvo entre otras virtudes la de reunir a algunas de las máximas figuras de la especialidad, como Pierre Vilar, de l'École des Hautes Etudes en Sciences Sociales de París; Juan Linz, de la Universidad de Yale; Nicolás Sánchez Albornoz, de la New York University; José María Jover, de la Complutense, etc.

La justa fama del profesor Vilar y el hecho de que su célebre libro sobre la historia de España haya trascendido los ámbitos académicos para convertirse en una obra de masas, hizo que los periodistas volcásemos nuestra atención hacia el historiador francés. Sin embargo, Vilar, acosado por cierto oportunismo informativo en el que la ignorancia es proporcional a la osadía, tomó la determinación de no conceder ninguna entrevista en España. «Figúrese —me decía al tiempo que se disculpaba—, me preguntan por lo que va a pasar en las elecciones; yo soy un historiador, no un adivino; por eso he prometido solemnemente que no concederé ninguna entrevista, y no voy a hacer excepciones.» Si no hubiera sido por esta mala fortuna de origen profesional, estas declaraciones del profesor Richard Herr, organizador del coloquio, irían acompañadas de las del propio Vilar.

El profesor Herr, de la Universidad de Berkeley, doctor por Chicago, actual director del Centro de Estudios de la Universidad de California en Madrid y autor de «España y la revolución del siglo XVIII» de «Un ensayo histórico de la España contemporánea» y de recientes investigaciones sobre la desamortización de Carlos IV, alma de las recientes conversaciones patrocinadas por la Fundación del Amo y la Universidad de California, declaró para PUEBLO LITERARIO: «El coloquio ha sido organizado con el propósito de reunir especialistas de un campo común que pudieran intercambiarse información sobre sus conocimientos e investigaciones, normalmente, delante de un público selecto, y al mismo tiempo, permitir a los estudiosos sobresalientes en otras áreas de la historia y otras disciplinas conexas exponer la naturaleza de sus investigaciones y su aplicación al estudio del pasado. Se han tratado cuatro amplios temas de la historia de España de los siglos XVIII y XIX, y se ha propuesto distinta metodología y acercamiento al tema. Los participantes han venido de distintas universidades españolas y del extranjero.»

PUEBLO LITERARIO. — ¿Cuál ha sido su participación?

—RICHARD HERR.—Mi papel ha consistido en el normal de organizador. Recabar los fondos para subvencionar el coloquio, contactar a los participantes, explicarles el propósito del coloquio, etc. En el acto de clausura aproveché la oportunidad para hacer un resumen rápido de los resul-



tados, y sobre todo resaltar la importancia que a mi juicio tiene un tratamiento interdisciplinario de la historia. En España de un centro que permita la representación de las distintas disciplinas de la historia, algo así como ocurre con el Instituto de Estudios Superiores de Princeton.

P. L.—¿Qué concepciones y métodos han concurrido y cuáles han sido las maneras de coincidir o diferenciarse?

R. H.—La sesión que más se acercó a los objetivos planteados por el coloquio fue la titulada «Evolución social en el siglo XX», en la cual Carmelo Lisón Tolosa, prestigioso antropólogo social, demostró cómo analiza las estructuras sociales a través de la observación directa, y cómo su método de análisis puede ser usado para entender situaciones en el pasado. Usó sus estudios en Galicia como ejemplo. Joaquín Arango explicó cómo la construcción de modelos de economistas y demógrafos puede ser usado para explicar el desarrollo de las ciudades españolas. Juan Linz, sociólogo, expuso cómo él y su colaborador Miguel Armando han usado los censos españoles, las estadísticas oficiales y sus propias investigaciones para llegar a la conclusión de que en España hay seis regiones con una estructura social distinta. Diferenciación entre aquellas regiones con una fuerte clase media —pequeños comerciantes, profesionales, burócratas, etc.— de aquellas otras en las que dominan las élites terratenientes o la burguesía industrial. La primera sesión «La restauración de 1875. ¿Éxito o fracaso?» sirvió también para poner de relieve las distintas concepciones de la historia. José Varela de Oxford, consideró la restauración un éxito desde el punto de vista político. Gabriel Tortella llegó a la conclusión de que el crecimiento económico en este período fue muy dispar, y Temma Kaplan, doctorada en Harvard, consideró que la restauración tuvo grandes efectos sobre la sociedad española, radicalizándola e incrementando los antagonismos. La sesión de «El Estado liberal en el siglo XIX» tuvo la virtud de resaltar la importancia que la historia del Derecho puede tener para el estudio de la historia. Tomás y Valiente aportó su valioso conocimiento como historiador legal, y Giralt demostró cómo la legislación liberal del siglo XIX

causó una revolución en la naturaleza de la sociedad rural española.

Y por último, en la sesión del «Regionalismo español en el último siglo», me complace destacar la participación de Pierre Vilar, quizá el más importante historiador vivo de España. Su trabajo sobre la historia de Cataluña tiene una envergadura de tres volúmenes. Vilar está últimamente interesado por la filosofía de la historia, y son conocidas sus polémicas con el filósofo francés Althusser. Es especialmente respetado por los jóvenes historiadores españoles por su conocida oposición al régimen de Franco y su generosa acogida a los españoles que estudian en la Escuela de Estudios Superiores en Ciencias Sociales de París, en la cual Vilar es una de sus más prestigiosas figuras. Junto con Vilar presentó ponencia Nicolás Sánchez Albornoz, llegado de Nueva York especialmente para el coloquio, uno de los tres más importantes especialistas en historia económica del siglo XIX. Desencadenó una discusión sobre los factores económicos detrás del regionalismo, y concluyó que, a pesar de que el mercado ha llegado a ser nacional y no ya regional propiamente, el regionalismo sigue subsistiendo. La discusión fue vigorosa en torno al regionalismo y nacionalismo, y Vilar respondió a las numerosas preguntas sobre los nacionalismos españoles.

P. L.—¿Cuáles han sido a su juicio las aportaciones más importantes que tuvieron lugar en el coloquio?

R. H.—Todas por distintas razones, las ya señaladas de Vilar y Sánchez Albornoz y la importancia de la tradición española de la historia del Derecho —que viene de Alemania—. Espero que este coloquio pueda servir, entre otras cosas, para que los historiadores del Derecho no se sientan marginados o automarginados a la hora de sus aportaciones al conocimiento de la historia. Están poco a poco integrándose con los historiadores económicos, pero aún quedan muy apartados de las metodologías de antropólogos, sociólogos, psicólogos, etcétera. En todos estos campos los historiadores franceses y americanos están más avanzados, así como la práctica de estas disciplinas.

P. L.—¿Cuáles son los problemas más sugerentes que la historiografía de la España contemporánea tiene planteados?

R. H.—La ya apuntada de la marginación de los estudios de la historia del Derecho, así como la masiva publicación de los estudios historiográficos. Los historiadores españoles se sienten presionados a publicar. Un mayor control y selección deberían ser establecidos por las editoriales para mejorar el nivel de las publicaciones históricas españolas. Me pareció que esta apreciación mía fue acogida favorablemente por el público presente.

SANTOS AMESTOY



## La VENTANA DE PAPEL

Guillermo DIAZ-PLAJA (de la Real Academia Española)

# LA VUELTA DE OCTAVIO PAZ

La concesión del Premio de la Crítica de poesía castellana, discernido este año en nuestras ya tradicionales reuniones de Sitges, pone sobre el paves, una vez más, la figura fulgurante de Octavio Paz, mexicano universal. La nominación parece una coincidencia feliz con la plenitud de relaciones diplomáticas entre las dos Españas, la vieja y la nueva España. De algún modo, y una vez más, la cultura se ha adelantado a la política.

Por lo demás, todo en este libro viene condicionado por una personalidad frondosa: desde el título, «Vuelta» —que tiene un sentido epilógico— a la propia condición integrada de fórmulas y vivencias que se almacenan, se agolpan, se incendian en este libro, recorrido por una frenética urgencia de decir algo, de decir, mucho, de decirlo todo.

Tectónicamente, este libro contiene una revisión de todas las fórmulas de ruptura de medio siglo a esta parte. Fórmulas expresionistas, caligramas apolinerianos, disparos ultraístas, tipografía voluntarista, evasión al surrealismo y —paralelamente— una desgana temática, un abandono de las recetas estéticas, un regreso a las fórmulas primarias, al simple objeto, al modo como su admirado Marcel Duchamp decidió un día en una playa de Cadaqués abandonar toda sabiduría retórica para regresar a los objetos más simples y cotidianos, convencido de que las formula-

ciones «artísticas» conducen a un callejón sin salida.

Paralelamente, Octavio Paz retorna como fatigado, a unas formas de conciencia originaria que, en él, adoptan una actitud de enlace con los mitos entrañables de la cultura azteca, especialmente la conjunción «agua-fuego» que él descubre en la anotación de uno de sus poemas (páginas 87-88). De ahí el deseo de reunir en el poema, en furiosa síntesis, la tumultuaria realidad del mundo:

«En los telares del lenguaje / en la memoria y sus moradas / pululación de ideas con uñas y colmillos / multiplicación de razones en forma de cuchillos / en la plaza y en la catacumba... (página 22).

De suerte que el lector queda prendido en un juego de concavidades, en una espiral que se cierra, vertiginosa, sobre lo profundo, sobre lo desconocido y sobre lo patético, en una escenografía muy vinculada al surrealismo, con lo que éste tiene de pasaporte para el decir tumultuario e irreflexivo, de camino hacia la libertad creadora: «la realidad tiene siempre otra cara / la cara de todos los días, / la que nunca vemos / la otra cara del tiempo» (página 36). Las alusiones a la libertad surrealista son especialmente explícitas en el «Poema circulatorio» (página 37).

Se diría que Octavio Paz concentra experiencias y visiones frenéticamente condensadas en el poema de martilleantes

recuerdos, su larga y honda experiencia vital, sus vivencias ancestrales (México) y exóticas (Europa, la India), en busca de síntesis inasequibles: «Toda historia es la Historia / destino / enmascarado de libertad / estrella / errante y sin órbita / juego / que todos jugamos sin saber las reglas (página 44).

En realidad, lo que el poeta nos da a entender es su condición de partícula en el Cosmos, y que, en su delgada realidad mínima, es un objeto que el viento golpea y tunde, breve objeto pasivo de unas fuerzas gigantes: Palabras del poema / no las decimos nunca: / el poema nos dice (página 14).

Esta conciencia conduce a una dicción deliberadamente libre, de tipografía expresionista, con ostensible destrucción del verso tradicional, dentro de una estética creacionista, que hubiese servido para caracterizar a un poeta de los felices veinte: «Encienden luces las casas / El cielo se acumula en la ventana / El patio / encerrado en sus cuatro muros / se aísla más y más...» (página 16).

Una temática de ciudad —cemento y muchedumbres— contribuye a esta deliberada temática, que recuerda los «cartones» de Moreno Villa o las «metrópolis» de Fritz Lang. Los neologismos arbitrarios «terruera / terrisombra, nopalorio, temazquible / lodolsa, cempolva pedróssea / fuego petrificado / cuenca vaciada...» (página 61) añaden sabor definitivo a ese



crepitante libro poético, tan singular en su planteamiento, y tan definitorio como ensayo de acumulación barroca, en una ya mencionada voluntad de síntesis; en un ensayo de repertorio de expresiones que prestan mayor singularidad a este libro que ha obtenido, bien justamente, el Premio de la Crítica en la reciente reunión de Sitges.

### AYALA, PENSADOR

Agradezco a José Luis Vázquez-Dodero, tan fino y agudo comentarista, que apoye algunas de sus conclusiones en torno a Ramón Pérez de Ayala con unos textos míos, en el prólogo a una antología de páginas ayalinas publicadas en la serie de libros «Las terceras de "ABC"», que edita Prensa Española. Y advierte el prologuista la retracción hacia los niveles de pensamiento de una obra que fue, en su mejor momento, una estupenda galería de imágenes narrativas. ¿Hasta qué punto en la prosa densa y musculada del novelista puede profetizarse la calma reflexiva de que se hace el pensador? ¿Hasta qué punto la cronología de los «años veinte», que yo estudio en mi libro sobre el novecientos, da valor de época a la transformación de su obra literaria? ¿Y en qué medida esta evolución explica —como señala certeramente Vázquez-Dodero— la tendencia al conservadurismo, tan evidente en el pensamiento de don Ramón?



# EL OTRO HOWARD BEALE



HOWARD Beale, el presentador de la Televisión americana, cuyo papel interpreta Peter Finch en «Network», logra en mitad de una de sus mesiánicas peroratas que una buena cantidad de telespectadores, como poseídos, se asomen a las ventanas de sus casas y gri-

ten: «¡Estoy harto, y no puedo seguir soportándolo!» El programa titulado «Mi no comprender», que dirige Alfredo Amestoy, pudo conseguir durante la emisión de su primer número, el jueves pasado, los mismos efectos que el programa de Beale, sólo que por distintas causas.

tranjera en España, la Seguridad Social, etc. Esos mismos temas-de-la-calle que desde el tiempo inmemorial constituyen el filón de fruslerías de Amestoy, fruslerías que, al no llevar ni siquiera el disfraz de la insolencia, las alusiones cómplices, o, simplemente, el humor, han hecho del programa del gesticulante presentador una bagatela, una nada.

de sale. Con todo, se emitieron.

Pero decía que el programa «Mi, no comprender» bien pudo haber provocado en muchos pacientes telespectadores españoles el mismo espaviento crispado de los telespectadores americanos del ficticio programa de Howard Beale. Y para ello algo más que esa habitual nada tuvo que haber en «Mi, no comprender»: había —ahora sí— disfraz. Y tras el disfraz de la bagatela, la fruslería, la nada ya asumidas, ¿qué otra cosa había?

Un vasco, un andaluz, un valenciano, un madrileño, un aragonés, un gallego y una catalana; seis regiones españolas y el foro; siete personajes de imposible arraigo, irreales, «escritos» (inventados) por Amestoy y contados por sí mismos en el colmo de la farsa; voces de un iocoso regionalismo suplantador: respuestas chistosas y zafias a toda cues-

tión; chascarrillos con acento regional de repugnante sabor; muecas a la busca de una complicidad telespectadora, me temo que no correspondida; barata ideología política oculta tras la máscara del burdo humor (lo que ya es paradójico si se tiene en cuenta que el humor ha sido durante tantos años el lenguaje utilizado para pronunciar lo impronunciable); engaño, en suma, con aspecto de banal espectáculo circense.

acaban las pobres atracciones de feria local, sin pena ni gloria y en medio de un vano regocijo.

Eran programas vacuos a los que se pretendía dar, sin conseguirlo, escasa animación con alguna cuchufleta política flácida y las gesticulaciones indescifrables del presentador. Ahora no. Ahora el programa de Amestoy tiene referencias más altas, alude a un país concreto y vulgariza a sus gentes. Gentes que pueden empezar a «estar hartas y a no poder seguir soportándolo».



Antes, los programas de Amestoy eran emisiones de escasa calidad, baratija de tómbola, que empezaban y acababan como empiezan y



José Luis JOVER

**TAURUS**

**Hans Mayer:**

**HISTORIA MALDITA DE LA LITERATURA**

Velázquez, 76, 4.º M. 1.º aptdo. 10.161

## ENTREVISTA CON FERRATER MORA

### LA FILOSOFÍA HA PERDIDO EL CARÁCTER DOMINANTE QUE TUVO EN LA ANTIGÜEDAD

- «Los pensadores anglosajones consideran que los problemas filosóficos no son tan graves, patéticos, ni cósmicos»
- «Ni la tecnología ni el proceso de masificación cultural llevan una dirección evolutiva determinada»

FERRATER Mora es un catalán de sesenta y cinco años, profesor de Filosofía en el Bryn Mawr College, de Pennsylvania, que la pasada semana inició un curso sobre «Ser, hacer y deber ser» en la Fundación Juan March. Su obra filosófica, inclinada hacia la corriente «analítica», ha tenido una amplia proyección, tanto en nuestro país como en el extranjero. Títulos destacables de su quehacer son «Diccionario de filosofía» (1942), «El hombre en la encrucijada» (1952), «El ser y la muerte: bosquejo de filosofía integracionista» (1962), «Tres mundos: Cataluña, España, Europa» (1963), «La filosofía actual» (1969). Ligeramente socarrón, más joven de apariencia que de años reales y poco predispuesto a considerar la actividad filosófica con excesivo desgarro, Ferrater Mora me mira con cierta desconfianza resignada cuando, al inicio de la entrevista, le digo que espero no traicionar en exceso sus palabras al tomar mis notas.

Mis primeras preguntas se encaminan a conocer la opinión de Ferrater Mora sobre la filosofía norteamericana y anglosajona, sobre sus tendencias dominantes y sobre el talante o la aportación medular de estas filosofías.

—Hasta hace unos diez años, la filosofía norteamericana ha estado dominada por la línea analítica en sus diversas vertientes. Sin embargo, en la actualidad, se da una gran diversidad de formas de filosofar y de escuelas, con lo que la situación se parece más a la de la filosofía española que a las filosofías francesa o alemana, que son más monolíticas. Aun cuando el movimiento preponderante sea el análisis, han cobrado importancia la fenomenología e incluso el marxismo a través de un renacimiento del hegelianismo. A mi juicio la filosofía anglosajona aporta un cierto frescor o frescura, fruto de la consideración de que los problemas filosóficos no son tan graves, ni tan patéticos, ni tan cósmicos. Bertrand Russell, que puede ser considerado como un filósofo anglosajón arquetípico, aporta un estilo de pensamiento, «un cortar por lo sano», una «cirugía del pensamiento», con base en contar con los hechos y olvidar los laberintos. Se da, también, cierta trivialidad en cuanto que las cosas son triviales, cierto «no tomarse la filosofía demasiado en serio». Es todo lo contrario de la filosofía francesa, en la que hay exceso de retórica y de fáciles juegos de palabras. Aunque hay autores franceses que se salvan, como Levi Strauss o Foucault, otros, como Deleuze o Derrida, hablan demasiado en serio de no tomarse en serio la filosofía.

—No sólo en la filosofía, sino también en otros modos de escritura, parece haber un cierto desencanto ante la importancia de la letra impresa para cambiar las formas de vida; por así decirlo, ante la liquidación del excepcional papel que el filósofo ha ju-

gado en otras épocas de la historia... Incluso, algún filósofo español ha señalado que, ahora que los pensadores han abandonado la sotana, se les quiere poner una bata y se les quiere hacer útiles para la sociedad tecnológica; se les quiere, en suma, convertir en una suerte de «ayudantes de laboratorio». Para dicho filósofo, la tarea de la filosofía es, en cambio, criticar, señalar las fallas de la razón científica y tecnológica...

—Efectivamente, la escritura ya no es omnívota como era antes, no es tampoco dominante, pues debe competir con otras formas de comunicación enormemente desarrolladas. Este es un hecho que hay que aceptar sin darle más vueltas, como hay que aceptar que el filósofo ya no puede cumplir la tarea que, en su tiempo, llevó a cabo Santo Tomás de Aquino, quien en sus libros resumía la totalidad de las ideologías de su época. Sin embargo, esto no significa «la muerte de la filosofía». Por otro lado, criticar o deshacer son formas de construir: si no hay crítica las cosas quedan «fixes» o congeladas. Así, pues, la vertiente crítica es útil y, en ocasiones, más útil que la propia filosofía positiva.

Sin poder evitar la sensación de que Ferrater Mora ha malquitado todo el filo a mi pregunta, incluso consciente de que no nos entendemos o de que el filósofo ha querido devorar para «lo útil» lo que no quiere serlo, me veo obligado a seguir adelante: el tiempo apremia y las miradas al reloj de Ferrater Mora y la próxima conferencia de Ferrater Mora...

—En el programa de la Fundación Juan March se le caracteriza como «existencialista angustiado y exacerbado». ¿Está de acuerdo con esta interpretación de su obra?

—No. Se trata de una broma o de una errata. Ello no quiere decir que, en tiem-

pos, no me interesara el existencialismo; pero mi tipo de pensamiento no es antropocéntrico (como el existencial), sino «integracionista», es decir, que trato de anar conceptos diversos en una unidad. Pienso que el mundo forma un continuo desde las realidades materiales hasta las estructuras culturales humanas, pasando por las sociedades orgánicas. Esto no quiere decir que todo lo que hay en el mundo se reduzca a un solo tipo de entidades, sino que hay sistemas y órdenes de realidades entrelazados. Mi filosofía trata, en consecuencia, de acentuar ese carácter continuo de la naturaleza y de no separar al hombre del resto de los órdenes. Ahora bien, no por ello hay que reducir o equiparar los diversos aspectos de la realidad: lo que sí se pueden establecer, evitando cualquier absolutismo o dogmatismo, son escalas de valores y morales de tipo relativo.

—En «La filosofía actual» usted señala que la filosofía es una actividad de fronteras imprecisas y que «lo filosófico» no es aquello de que se trata, sino el modo de tratarlo, es decir, un punto de vista. ¿Puede ampliar estas nociones?

—Cada vez que la filosofía ha tratado de acotar un campo o un objeto de reflexión

ha nacido una ciencia. De esta forma a la filosofía no le ha quedado ninguna región, ninguna zona de realidad, reservada como propia. Sin embargo, esto no quiere decir que la filosofía deba quedar reducida a la historia de la filosofía, sino que hay que reconocer que las cosas de que los demás legítimamente se ocupan pueden suscitar problemas filosóficos, siempre y cuando éstos sean de tipo proposicional y sin voluntad de crear un sistema. Este «punto de vista filosófico» consiste, las más de las veces, en un examen crítico y analítico, pero que puede ser en ocasiones harto imaginativo, de las estructuras conceptuales en que van envueltas las diversas ciencias, las múltiples actividades humanas y los lenguajes de que tales ciencias y actividades echan mano.

—En el citado libro «La filosofía actual» apunta usted que la interdependencia mundial, la masificación y la tecnificación son las tendencias fundamentales del mundo moderno. Y señala, más en concreto: «Ninguno de los tres rasgos es completamente neutral, pero ninguno lleva tampoco una dirección determinada e inevitable». ¿No será esta impresión más un deseo que una realidad, en cuanto que el proceso dominante de desarrollo tiende a despojar a la población de los recursos para elegir sus propias condiciones de vida?

—Antes de contestar, Ferrater Mora me pide que le repita la pregunta, lo que hago, releendo mis notas escritas.

—Tomemos la tecnología como ejemplo —contesta a



continuación—. Hay una polémica que se manifiesta en los siguientes y esquematizados términos: para unos se trata de la manifestación de una sociedad, y es absolutamente necesaria; para otros, como, por ejemplo, Heidegger, la tecnología es en sí misma dañina. En mi opinión, la tecnología no lleva por sí misma a una dirección evolutiva determinada. Pienso que habrá que dilucidar su grado de necesidad; es decir, que habrá que ejercer un control sobre ella, pues, en caso contrario, si se convertirá en dañina y monstruosa. Ahora bien: ese control debería ser ejercido parcialmente desde el seno de la propia tecnología, o sea tendrá que ser un control, en parte, tecnológico. Con la masificación pasa algo parecido: puede trivializar las cosas, pero también puede rendir un inmenso servicio social; todo dependerá del

control que se ejerza sobre el proceso. Hace poco tiempo escribí un artículo en «Destino», titulado «Elogio moderado de la televisión», en que hacía referencia a estos problemas. La televisión es un medio de masas que los intelectuales suelen denunciar, sin tener en cuenta que es un gran instrumento de formación y de entretenimiento de las gentes.

La entrevista toca a su fin. Antes de despedirnos, Ferrater Mora me indica que el libro «Ser, hacer y deber ser», que ha tratado de resumir en sus conferencias en la Fundación March, tardará aún un par de años en estar terminado. Deambular constante y sin apenas reglas por los ámbitos de la naturaleza y la sociedad, la filosofía tiene aún un humilde papel en la sociedad moderna, a juicio de Ferrater Mora.

Escribe J. A. UGALDE

### Una pérdida de nuestra cultura

## MURIO RUMEU DE ARMAS

Impulsor del pensamiento, la investigación, las artes y las letras

JOSE Rumeu de Armas falleció el jueves, día 5, en Madrid. Había nacido en Santa Cruz de Tenerife el 14 de enero de 1915. Licenciado en Derecho, era en la actualidad director de publicaciones del Instituto de Cultura Hispánica, donde ha permanecido durante más de veinte años.

Cuanto trataron a José Rumeu de Armas —Pepe

Rumeu, como le llamarían ya en adelante—, fueran periodistas, escritores, intelectuales, pintores, etc., siempre conservarían un recuerdo imborrable de dos virtudes fundamentales en este hombre, tan ejemplar como rápido en sus gestiones, tan sincero como exquisito en su trato. Lo primero que sobresalía en él era la curiosidad y la pasión por todo lo que su-

ponía aportación original, creación, trabajo de ensayo y estudio, obras de lento meditar o de inspiración lírica, pero acendrada y pura. Se entusiasmaba por la calidad y jugaba siempre la carta del apoyo más ferviente y entusiasta. Lo segundo es que no se sentía, ni nadie podía considerarle un superestimado funcionario, pues estaba



remotamente lejos del sentido burocrata de la vida. Era un hombre apasionado que iba detrás de la verdad, del arte, de la belleza y también de la bondad. El mismo era un ejemplo fenomenal y drástico de lo que es querer hacer las cosas y hacerlas a veces casi cuando no podía. Y también esa otra faceta suya de la virtud de ser elegante hasta en la crítica, con un tono cordial y vehemente en su propia responsabilidad. Quería estar informado de todo, leerlo todo, porque una vez que estaba convencido de las posibilidades de relación de algo nuevo, a eso se entregaba. Por eso todos los que le trataron en función del conocimiento de una bibliografía hispánica, pero familiar para nosotros, tiene que estar agradecido siempre a su sentido de orientación y de crítica. El fue el animador del Premio Leopoldo Panero y en sus ratos libres, que nunca eran libres, se lanzaba a empresas difíciles y costosas de obras monumentales, como son «La flora de Mutis», «Las leyes de Indias», etcétera.

C.



Rumeu de Armas, con Luis Rosales, Juan Carlos Onetti, Jaime Delgado y Antonio de Lubiaurre, en una reunión del jurado del premio de poesía Leopoldo Panero.



LA CAJA DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD DE MADRID



ha organizado una conferencia sobre cuestiones de actualidad, con el siguiente programa:

Jueves 12: LA LIBERTAD

Conferenciante: Don Antonio Millán Puelles, catedrático de Metafísica de la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid.

Lugar: Salón de actos de la sede central de la CAJA DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD DE MADRID. Plaza de Celenque, 2 - Hora: 8 de la tarde